

fana cristiana de lo temporal y lo hace por comparación con la concepción sacral cristiana de la Edad Media. Tras exponer la filosofía cristiana de la historia de Maritain, Cottier estudia la concepción de la historia en Pascal. Sus reflexiones fueron una respuesta contundente a la filosofía racionalista de la historia. Los acontecimientos históricos verifican la paradoja de la condición humana. Frente a las filosofías racionalistas de la historia, Pascal, como después Kierkegaard, nos recuerdan con fuerza la trascendencia del Dios escondido y de su misteriosa Providencia. Pero su visión es teológica y da lugar a una teología de la historia no a una filosofía de la historia.

Hegel afirmó que la filosofía de la historia es la verdadera teodicea y cambió lo racional por lo real, pero esto fue violentar lo real. Para que todo sea inteligible por la Razón tuvo que prescindir de lo contingente y del mal y los ocultó como «momentos necesarios del devenir racional». Como consecuencia necesaria vino el primado de lo colectivo, del Estado sobre el individuo. La crítica de Kierkegaard que dió en el núcleo fue la defensa del individuo personal y su relación con la trascendencia, un recuerdo dramático de las exigencias de la ética. Pero para Cottier la filosofía de la historia no tiene porqué identificarse a la filosofía de la historia hegeliana que estaba lastrada por el racionalismo. La filosofía de la historia debe respetar el sentido del misterio. Esto lo sabían Pascal y Kierkegaard. Y misterio no es irracionalidad o absurdo. La filosofía cristiana de la historia acepta la herencia bíblica y el pensamiento teológico, parte de esas luces y se pregunta sobre el sentido de la aventura humana en el tiempo. Para ser una ciencia posible debe mantenerse siempre modesta en sus ambiciones para evitar caer de nuevo en la gnosis.

M. LLUCH BAIXAULI

Melquiades ANDRÉS, *Historia de la mística de la edad de oro en España y América*, BAC, Madrid 1994, 490 pp., 15 x 23, 5.

En plena madurez de pensamiento y con una extensa obra monográfica sobre la historia de la espiritualidad detrás de sí, Melquiades Andrés afronta en este libro el intento de ofrecer una visión sintética, o, más exactamente, y de acuerdo con lo que él mismo explica en el prólogo, una panorámica de la mística en la edad de oro en la que se tengan en cuenta no sólo algunas figuras cumbre —Ignacio de Loyola, Teresa de Jesús, Juan de la Cruz...—, sino la multiplicidad de autores y vivencias que jalonaron esos intensos años de la vida cultural y espiritual en los ámbitos de habla castellana en las dos riberas del Atlántico.

«La mística —escribe en el primer capítulo— se produce en un marco geográfico, temporal y cultural concreto, pero pertenece de algún modo al patrimonio de lo humano y de lo cristiano». Y, poco después, «la mística española es una lírica de peregrino, de caminante, de varón de deseos» (pp. 3-4).

En una coyuntura histórica en la que Lutero y Calvino, llevando hasta el extremo la afirmación de la trascendencia de Dios y de la realidad del pecado, postulan una radical incomunicabilidad, en el estadio presente, entre el Creador y la criatura e interpretan la existencia cristiana en término de fe entendida como adoración y obediencia, la mística española proclama que Dios no está alejado del hombre, sino en su interior. La criatura humana, surcada por aspiraciones de infinito, puede, dejándose llevar de la gracia —es decir, de la benevolencia por la que Dios la atrae hacia Sí—, alcanzar una verdadera experiencia de lo divino, una unión con la divinidad que implica un auténtico matrimonio espiritual, una fusión, en la fe, del espíritu del hombre con el de Dios. El cristiano no es sólo un ser que obedece sino también un ser que desea, mejor, que ama, con un amor que el amado (Dios mismo) infunde en el alma y lleva a plenitud.

Y eso, es decir, esa aspiración a la comunión con lo infinito, en un contexto cultural en el que los hombres y la España del siglo XVI estuvieron embarcados en una grandiosa aventura; más aún, mujeres que vivieron y experimentaron una actitud de espíritu que hizo posible e impulsó a la gran aventura que caracteriza la historia hispana de ese periodo. La mística, y más concretamente la mística española del siglo de oro, no es un islote aislado y errante, sino la manifestación más excelsa y elevada de una actitud de espíritu que marcó a fondo, hasta caracterizar toda la España, de uno y otro lado del Atlántico, de aquella época. Los grandes viajes y descubrimientos y, de modo muy particular, la hazaña de la evangelización americana, surgen en realidad —afirma Melquiades Andrés— del mismo hondón del alma, de la misma aspiración a lo grande, a lo heroico y a lo infinito del que brota la mística. Por eso la mística no fue patrimonio de un grupo pequeño de privilegiados, sino meta a la que muchos aspiraron e ideal que informó de hecho toda una cultura.

«La mística de la Edad de Oro se engasta en la situación religiosa, social, económica y demográfica del pueblo español, abierto a la universalidad del Mediterráneo, Atlántico y Pacífico, a las reformas, humanismo y renacimiento (...). La mística constituye una de esas aportaciones, como aventura del hombre en busca de Dios, desde las raíces de sí mismo y en ejercicio de su libertad. Dios, hombre y libertad: tres motores importantes de la historia. Corre paralela e inseparable la búsqueda de Dios y de las

nuevas tierras, nuevos mares, nuevos hombres, nuevas universidades, persona, sociedad e Iglesia renovadas» (p. 13).

Con esas convicciones de fondo, el profesor Andrés desarrolla su obra, que está de hecho dividida en dos partes, de desigual extensión: 130 páginas la primera, 300 la segunda. La primera parte está destinada a exponer lo que podríamos calificar como marco, referencias básicas o coordenadas que permiten situar y entender la mística española y americana del siglo de oro. El marco doctrinal, ante todo: las tendencias místicas que la preceden y, en especial, el contexto teológico desde el que entender y valorar las afirmaciones sobre lo que constituye el núcleo mismo de la mística, es decir, la afirmación de la posibilidad de una experiencia inmediata de Dios (pp. 17-55). Después, el marco geográfico, histórico y lingüístico (pp. 56-93).

Situado así el contexto en el que la mística del siglo de oro se produce, Melquiades Andrés pasa a intentar analizar su núcleo, dando para ellos tres pasos: la caracterización del ideal, en cuanto expresión del movimiento por el que el hombre nuevo —es decir, renovado por el bautismo— va a lo más hondo de sí mismo, para encontrar así a Dios (pp. 95-112); la descripción de los procesos, es decir de los diversos itinerarios o vías a través de los cuales se aspira a llegar a ese ideal de unión y comunión profundas (pp. 113-135); el discernimiento, ya que en la aventura mística, como en toda aventura, es necesario distinguir entre caminos desviados y caminos seguros que apartan de la meta o, por el contrario, permiten llegar a ella evitando errores y extremismos (pp. 137-149).

La segunda parte, que se inicia con un amplio capítulo documental y bibliográfico (pp. 151-202), está destinada a trazar el desarrollo histórico de la mística del siglo de oro, dentro de la que Melquiades Andrés distingue seis etapas sucesivas, aunque no del todo pues, en parte, se solapan:

— una primera, que más que una etapa es en realidad una preparación o prólogo: los años (1470-1500) en los que fueron llegando a España, o adquiriendo actualidad, diversas herencias que, asimiladas de modo original, dieron lugar al movimiento místico español: las obras de los místicos germanos y flamencos, las tradiciones judías y árabes, la *devotio moderna*, las observaciones y otros movimientos de reforma religiosa (pp. 203-222);

— los primeros pasos, ya propiamente hablando, de la mística española (1500-1530), tal y como apuntan en diversas órdenes religiosas y cuyo centro lo constituye, de forma muy clara, una doctrina y praxis fundamental: el recogimiento (pp. 223-259);

— la crisis de confusión y desarrollo, que, extendiéndose por varios decenios (1525-1560), presenció no sólo enfrentamientos entre los movimientos de observancia y el conjunto de las órdenes religiosas a las que afectaban, sino discusiones doctrinales relacionadas con los alumbrados, la difusión de las ideas de Erasmo, la prevención frente a la eventualidad de influjos luteranos (pp. 261-298);

— los procesos de clarificación (1535-1570), gracias a la obra de autores que, participando a fondo del ideal místico, supieron asumirlo y valorarlo desde un planteamiento armónico, que permitió su consolidación y posterior crecimiento: Francisco de Osuna, Bernardino de Laredo, Pedro de Alcántara, Fray Luis de Granada, Alonso de Orozco, Juan de Avila, Ignacio de Loyola... (pp. 299-332);

— la cima (1560-1600) representada no sólo por Teresa de Jesús y Juan de la Cruz, sino también por otras figuras de particular relieve: Fray Juan de los Angeles, Fray Luis de León, Arias Montano, Baltasar Álvarez... (pp. 333-374);

— y finalmente el siglo XVII en el que el movimiento místico continúa pujante, pero en el que se advierte a la vez una tendencia al escolasticismo y la racionalización —y, en otra línea, una preocupación por los fenómenos místicos extraordinarios— que termina por dar lugar a una disminución de la verdadera tensión interior y a un declive (pp. 375-466).

Como apuntábamos al principio, el presente libro de Melquiades Andrés no es tanto una obra de investigación, cuanto el reflejo de investigaciones anteriores y del acerbo de ideas, juicios, hechos y datos acumulados a lo largo de todas ellas. El tono con que está escrito no es tampoco el tono frío propio de las investigaciones eruditas, sino el cálido, y en algún momento incluso exaltado, que corresponde a un ensayo en el que se habla de algo que se aprueba, más aún, a lo que se admira. «El eje de la mística de la Edad de Oro —escribe en el breve epílogo final— es la persona concreta integrada en sí misma, que se une a Dios por amor. Al hombre se le puede empujar e incluso violentar desde fuera, pero solamente se le arrastra desde el corazón por vínculos de amor. Ahí se enraíza esta espiritualidad, que no es de negación, sino de afirmación del hombre nuevo, de la vida del espíritu, de la unión al hombre por amor y servicio» (p. 469). Ese entrecruzarse de datos eruditos y de juicios comprometidos, más aún, vivenciales, dotan de fisonomía a la presente obra del gran historiador que es Melquiades Andrés y hacen que constituya una buena escuela para acercarse a la comprensión de la mística del siglo de oro.

J. L. ILLANES